

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Miqueas, 5, 1-4a): *Se mantendrá firme, con la fuerza del Señor.*

Salmo (79, 2ac y 3b,15-16,18-19): *«Oh, Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»*

2ª lectura (Hebreos, 10, 5-10): *He aquí que vengo para hacer, tu voluntad.*

Evangelio (Lucas 1, 39-45): *Bienaventurada la que ha creído.*

La salvación de Dios viene de lo pequeño. En Navidad, celebraremos el nacimiento del bebé Dios que cambiará los corazones de quienes se encuentren con Él y, al mismo tiempo, la historia de la humanidad. Lo hace desde el amor y la entrega total. Él no ha necesitado grandes ejércitos ni ingentes sumas de dinero para cambiar el destino del mundo. Ha venido por amor a nosotros. Es el estilo de Dios: confiar en lo pequeño, destacar lo sencillo, optar por lo humilde... y, al mismo tiempo, hacer que todo lo que esté en nuestra mano sirva para transformar la realidad y anunciar el amor, la justicia y la paz universal.

Durante las cuatro semanas de Adviento hemos escuchado razones para la esperanza. Son muchas, aunque el motivo principal de esperanza es Jesucristo, presente en nuestra vida. Sin embargo, hoy también encontramos motivos para la desesperanza: las personas que padecen soledad, las familias que no logran salir adelante, los jóvenes que no consiguen un empleo, las víctimas de la violencia... En nuestro mundo vemos refugiados, emigrantes, víctimas de guerras, hay regiones enteras sin alimentos. El hijo de Dios también nace para ellos y es motivo de buena esperanza. Nosotros queremos llevar su bendición a estas situaciones trabajando por la justicia y la paz. Así llevamos su luz.

La Navidad es en el año la fiesta de la alegría en familia, comunicación o encuentro de los que en otras fechas del año viven separados por la distancia. Pero si durante el año no ha habido “comunicación” aunque sea a distancia, tampoco puede haber comunicación en Navidad. Será una presencia formal, artificial, quizá fría. Necesitamos relaciones humanas de vida social y familiar. Si no es así, tal vez se deba a que no llevamos dentro a Dios, creador de vínculos de amistad.

La proximidad de la celebración del nacimiento de Jesús nos llena de alegría. ¡Qué mejor noticia que sentir que el Hijo de Dios ha plantado su tienda en nuestra vida! María, con su disponibilidad al plan de Dios, ha abierto las puertas del mundo a Cristo Jesús. Él se ha hecho uno de los nuestros. Esta alegría no es únicamente porque hace dos mil y pico de años Jesús, el Mesías, Hijo de Dios, naciese en la pequeña ciudad de Belén. Estamos alegres porque el Señor nos sigue visitando hoy y lo hace *«en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la esperanza dichosa de su Reino»*.

La fe no es un asunto privado, aunque se la viva en solitario. Hacerlo así equivaldría a privar a otros de los motivos de la admiración jubilosa de Isabel y de los saltos de alegría de Juan. La misión de Juan, comienza desde ahora: con un salto de alegría. La alegría es la característica de la visita del Mesías su Señor. Durante su predicación, el Bautista exclamará: *«El amigo del esposo... se alegra extraordinariamente al oír la voz del esposo, por eso mi alegría se ha hecho incontenible»* (Juan 3, 29).

La fe puede plantearse como pregunta o discutirse como problema, pero necesita comunicarse como certeza, como posesión. La fe crece en la comunicación. La fe se simboliza por la luz, pero nadie enciende una luz para ponerla metida en un cubo o debajo de la mesa, la fe es también “*un obsequio racional de la mente*”, necesita ser justificada para ser vivida, no para disecarla y reducirla a conceptos. Cuando la fe se comunica salta de alegría, como Juan en el seno materno; otros cantan con alborozo *«mi alma engrandece al Señor»* o *«dichosa tú porque has creído»*.

La visitación de María a su pariente Isabel, se celebra en uno de los misterios del rosario. En este encuentro puede la contemplación sentir preferencia por las palabras de las madres o por los signos de los hijos no nacidos. Pero siempre habrá que hacer resaltar en María a la “*gran creyente*” como lo hace el evangelista Lucas e Isabel. Y juntamente con su fe hay que resaltar el amor con los servicios que inspira: ser sacramento, signo de Dios, para los demás. Isabel se lo dice bien claro a María... no tengas duda de que *«lo que te ha dicho el Señor se cumplirá»*. También nos lo dice a nosotros hoy. Dios cumple sus promesas y sale a nuestro encuentro.

Se cumplen las bienaventuranzas, se cumple el amor y el perdón, se cumple que es más feliz quien más da, que es más grande el que más sirve, que es más importante el que más ama. Abrid bien los ojos porque Dios sigue naciendo en nuestro mundo y en nuestra vida. Dejaos sorprender por Él y hacedle un hueco. Será lo mejor que pueda pasar. Que Él siga naciendo en nosotros, en nuestras familias, en la parroquia, en nuestros barrios, pueblos y ciudades. Dios mismo cuenta con nosotros para nacer hoy.